

Hernán Garrido-Lecca

El secreto de Tony Huang

y otros cuentos

loqueleo

I

TONY HUANG

Un caballero debe mantenerse atento a tres cosas: en la juventud, cuando los espíritus vitales aún no están satisfechos, debe tener cuidado de sucumbir ante la belleza femenina; en la plenitud de su vida, cuando los espíritus vitales son exuberantes, debe tener cuidado de ser belicoso; y en la vejez, cuando los espíritus vitales están en declive, debe tener cuidado de la insaciable avaricia.

CONFUCIO

Todo hombre exitoso tiene un mundano secreto que explica su éxito. Esa es siempre la única verdad.

Tony Huang era un exitoso corredor de la bolsa de Hong Kong. A sus 34 años había amasado una gran fortuna en el *trading* de valores y era admirado y odiado como pocos. Vestido siempre por los más famosos diseñadores, siempre de impecable traje negro, siempre con camisa blanca y siempre con una llamativa corbata, era un soltero codiciado.

Tony era, en realidad, el soltero más codiciado de Hong Kong, que es lo mismo que el más codiciado de toda China. Las mujeres hablaban de su perturbadoramente pálida y serena tez, sus manos largas y su indescifrable sonrisa. Los hombres hablaban de su colección de Ferraris y Lamborghinis, y especulaban de por qué no le gustaban los Maseratis.

Tarek Tubbeh, su valet, mayordomo y chef, un palestino que le doblaba la edad, y a quien había reclutado en un hotel durante un viaje de negocios en Dubai, solía repetir y repetirle:

—*Almar'u bi ādābihi lā bi thiyābihi* —‘Se reconoce a un hombre por sus modales, no por sus ropas’, en árabe.

Tony tenía todas las maneras de un *lord* inglés. No era, sin embargo, uno de esos multimillonarios agestados ni tampoco un fabricante de excentricidades como recurso fácil para llenar las páginas del periodismo rosa. Era más bien un hombre de quien, a pesar de lo mucho que se decía, poco se sabía.

Tony rara vez hablaba de su pasado. Nadie en realidad sabía mucho de sus primeros años. La historia más veces contada decía que era hijo de un trabajador de limpieza del Gran Casino de Macao. Dicen que aquel hombre gozaba de una memoria privilegiada y que podía contar las cartas para el juego del Black Jack mientras deambulaba entre las mesas, escoba y recogedor en mano, haciendo su trabajo. Un general nepalí, Kesar Tiwari, padre de un niño sordomudo, llegó una noche al casino y notó, mientras jugaba, que aquel hombre de la limpieza anunciaba las cartas del crupier justo antes de que este las voltease. Decidió leerle los labios contra un veinte de la casa. El nepalí ganó una fortuna y entrada la

madrugada regaló un buen número de fichas al padre de Tony. Fue así como el señor Huang pudo empezar a costear la educación de su hijo. Aquel nepalí volvió media docena de veces más y fue más que suficiente. Nunca hablaron entre sí, y así, como un día apareció, el General Tiwari otro día desapareció.

El buen Tarek, quien al parecer había escuchado la historia de labios del propio Tony, sentenciaba —inexorablemente— ante cualquier mención del padre de Tony:

—*Ibn al baṭ 'awwām* —‘el hijo de un pato, flota’.

De su madre se sabía menos. Un joven abogado tailandés, quien conoció a Tony en sus épocas de universitario, llegó una vez a Hong Kong a visitarlo y contó que lo único sobre su madre que alguna vez le arrancó al entonces estudiante de la Universidad de Toronto fue que, a los nueve años, ella le había regalado una gran pecera con un pequeño pez diciéndole: «Tu pez siempre estará en una pecera, pero mientras más grande la pecera, más grande será tu pez; y debes saber que es bueno cambiar de pecera de vez en cuando...».

Que se sepa, Tony —producto de la política de un solo hijo— no tuvo hermanos, ni siquiera primos, pues ni su padre ni su madre tuvieron hermanos.

Para entender al pueblo chino es necesario saber que ellos conciben el tiempo de una manera distinta que en Occidente. La Gran Muralla es prueba de ello.

II

99 SALISBURY ROAD

*Un caballero se impone estrictas demandas a sí mismo
mientras que un hombre insignificante exige estrictas
demandas a los demás.*

CONFUCIO

Tony Huang parecía occidental en sus formas pero era irremediamente chino y, por ello, muy supersticioso. Su número favorito: el 9. A pesar de su éxito, Tony guardaba una dosis de humildad y sabía que el 10 era solo para los dioses. Vivía en el piso 99 del 99 de Salisbury Road, en Kowloon. Su apartamento miraba al otro lado de la bahía; más precisamente al piso 99 del Internacional Finance Center, en donde Tony tenía su oficina. Ambas propiedades fueron producto de una sola decisión: la compra de un paquete mayoritario de Auster Energy Corporation el día de su lanzamiento al mercado. En nueve semanas Tony decuplicó su inversión.

El apartamento había sido casi enteramente decorado por Catalina Restrepo, una diseñadora de interiores colombiana de quien Tony tuvo noticia a través de un reportaje en CNN que precedió a la entrevista que le hicieron un mes después de que tomó el control de Tuskar Petroleum, una pequeña compañía listada en la bolsa de Hong Kong que encontró petróleo nueve días después a nueve millas de las costas de Guinea. Si con Auster compró el departamento y la oficina, con Tuskar amobló ambos. La diseñadora decoró la oficina y todo el apartamento... menos el estudio.

El estudio fue decorado por el propio Tony: una mesa de vidrio templado con patas de metal cromado, una silla ergonómica negra, dos libros sobre la mesa —uno pequeño, en español, y otro más grande, en inglés— y un arpa. Eso era todo cuanto había en el estudio.

Los libros: *De cómo quedé estando aquí*, siempre abierto (por lo que nadie nunca supo quién era el autor); y *Atlas of Remote Islands* de Judith Schalansky, subtítulo *Fifty Islands I Have Never Set Foot On and Never Will*.

En el primero, en español, perennemente abierto en su página cuarenta y dos, se leía una historia:

LA MONTAÑA EN CENTRAL PARK

La mañana en que apareció una montaña en Central Park, la bolsa de Nueva York subió 9,72 por ciento. Todos se pusieron muy contentos. Al día siguiente, la bolsa bajó 9,72 por ciento. Y la montaña, como aquel dinosaurio, todavía estaba allí.

Tarek tenía indicaciones precisas de pasar el plumero por encima de la mesa, incluido el libro abierto en la

página cuarenta y dos, con cuidado de no cambiar de página o, menos aún, cerrar el libro. El Sr. Tubbeh era tan obsesivo en cumplir las indicaciones de su jefe como era su jefe en repetir las todas los días 9 de cada mes.

El segundo libro estaba siempre cerrado, pero tenía *post-its* de colores marcando nueve páginas que correspondían a la historia de ocho distintas islas que Tony había escogido como destinos —entre las cincuenta que listaba el libro— y una página, al comienzo, en la que se leía:

Paradise is an island. So is hell, ‘El paraíso es una isla. El infierno también’.

Tony solía pasar horas y horas recorriendo las páginas de aquel maravilloso Atlas, mas siempre terminaba leyendo lo que el libro consignaba respecto a sus ocho islas favoritas. Una noche, Tarek, que hacía sigilosamente su trabajo en el estudio, confundido entre los reflejos de las luces de los edificios al otro lado de la bahía, preguntó a Tony:

—¿Por qué, Mr. Huang, escogió esas ocho islas como sus favoritas entre las cincuenta?

—¿Lo dices porque las he marcado, Tarek?

—Sí, Mr. Huang, por eso lo digo...

—Bueno, para empezar, son nueve de cincuenta y uno...

—¿Cómo así, Mr. Huang?

—Este apartamento es la novena isla.

Y nunca más se habló del asunto.

Pero el arpa era lo que, sin lugar a dudas, llamaba más la atención al reducido universo de personas que alguna vez habían llegado al piso 99 del 99 de Salisbury Road. Era un arpa paraguaya. Nadie sabía nada más

de aquel instrumento. Tan solo se sabía que era paraguaya porque alguna vez así se lo dijo Tony a una profesora de arpa que entrevistó, pero que nunca más volvió.

El arpa estaba allí, al lado de los grandes ventanales de vidrio, inexplicable, eterna y en silencio. El arpa parecía esperar que algo sucediese y Tony la miraba esperando que ella lo supiese.

Todo en la vida de Tony había sucedido muy rápido. Tan rápido que la comunidad financiera de Hong Kong no tenía claro cómo era que el joven Huang había decidido invertir en Auster o Tuskar. El único indicio de la estrategia financiera de Tony: una respuesta en aquella entrevista en CNN. Preguntado por su estrategia, Tony contestó:

—Permítame compartir una historia que, creo, refleja lo que yo pienso sobre las inversiones en bolsa. Cuenta Hanfeizi que Bo Le, quien era famoso por su habilidad de juzgar caballos, enseñaba a quienes él no apreciaba a escoger aquellos finos caballos que podían recorrer mil li en un día. A la gente que él apreciaba, les enseñaba a ser buenos jueces de caballos ordinarios, aquellos no particularmente veloces. Es muy raro descubrir un corcel muy fino y, por tanto, las ganancias tardan en llegar. Los caballos ordinarios se compran y se venden todos los días y, así, uno puede hacer dinero en muy corto tiempo.

La entrevistadora permaneció en silencio unos segundos y se despidió de Tony con la sonrisa que dibuja un niño contento antes de dormir.